

En síntesis, *Convergencias*, de Jorge Ignacio Covarrubias, se ofrece al lector como primer intento literario maduro, y es de esperar, parafraseando su interpretación de la nueva Caperucita, que la crítica devore ávidamente sus relatos, pero sólo los devuelva después de haberles hincado más de un diente.

ALICIA VALERO COVARRUBIAS

Hofstra University

<https://doi.org/10.29393/At458-29EDEV10029>

ESCENAS DE PEEP-SHOW

De *Federico Schopf*

Ediciones Manieristas. Santiago, 1985.

Escenas de Peep-Show: extraño título para iniciar el coloquio fragmentado de un hombre contemporáneo ante la visión de los antiguos templos y los aún más antiguos sepulcros anónimos, maravilla dolorosa de un americano enfrentado a esas ruinas mitológicas en que el poeta empieza a encontrarse a sí mismo, a través del proceso de una lenta e implacable metamorfosis de deterioro. Su voz germinal encuentra eco en las voces ya casi olvidadas de poetas latinos anteriores a la era cristiana o quizás, avanzando en el tiempo, en la trágica aridez histórica de Constantino Kavafis. El mágico aire del mito se encadena a la rotura de la piedra que pudo ser columna o dios pagano.

Si la última auténtica renovación poética en Chile fue, para bien o para mal, el advenimiento de la antipoesía, iniciada y concluida por Nicanor Parra en sus antipoesmas: terribles espejos que reflejaban una época de transición con todas sus anomalías y vicios, construcción de un puente poético entre el creciente extrañamiento social y los museos invisibles de un pasado adornado con reliquias profanadas; luego de esta positiva experiencia para la poesía chilena, ya no parecía restar espacio para una renovación: a los nuevos poetas tan sólo les quedaba el intento de poblar dignamente algunos espacios vacíos, lograr unir la lírica, a veces demasiado intimista, con la épica apocalíptica del hombre enfrentado al desamparo existencial de su tiempo histórico. Había que lograr una temperatura universalista, injertando brotes nuevos al poderoso árbol indígena, ya demasiado mutilado por las hachas de pretendidas renovaciones.

Escenas de Peep-Show logra seria y acertadamente fortalecer con brotes nuevos, fruto del talento y del vario conocimiento, la rama más mutilada de este viejo árbol sagrado. Al poeta sólo le bastan dos poemas —claves en su obra—, "Meditación sobre Roma" y "Los templos de Agrigento" para que, sin pretensiones renovadoras, sitúe su nombre entre los más señeros poetas contemporáneos de Chile. Con maestría logra poblar esos espacios vacíos, por lo cual creemos que esta obra era necesaria en la poesía chilena, donde muchos son los libros sin trascendencia que se publican. En este breve estudio, nos interesa, por ello, analizar en su significado y en su estética estos dos bellos poemas de Federico Schopf.

En "Meditación sobre Roma", el poeta abre su canto al modo clásico de los antiguos

autores de la escuela siciliana, para luego penetrar en la zona oscura de una metafísica que lo sitúa frente al interrogante de un vacío entre dos épocas definidas, cuando nos dice:

Entre las ruinas de la antigua Roma
mientras el carruaje del sol se abría paso
en medio de los gases
lateral a la escena de los héroes y poetas
que sostienen la patria la nostalgia
la verdad la mentira en el exilio
de ellos de los otros y de mí mismo
entre la angustia y la serenidad
me deslizaba
algo bronceado por el sol de invierno
y también más viejo
como un león que borra con la cola
sus huellas
de la luz a la sombra
y en su contrasentido.

El poeta luego de ese encuentro con las ruinas del pasado, las que pueden reconstruirse a través de un sueño metafísico, se halla enfrentado a la realidad dramática de la decadencia presente, que es la patria de toda nostalgia, que vive como una llaga en el alma del hombre exiliado en el desierto de su propia existencia. Hay un fragmento de este gran poema que nos parece uno de los mejores aciertos técnicos de la actual poesía chilena. Schopf logra un clima máximo cuando dice:

Los sarcófagos parecen bañeras
con el retrato de los muertos
en el lado exterior de sus navíos de mármol o alabastro
junto a sus deudos y a los dignatarios que han
ido a despedirlos
para su largo viaje
o reemplazados por escenas mitológicas de encuentros
felices
de amantes o de dioses con los hombres
en el tiempo sin tiempo en que la esencia no es el
accidente
de las almas que mueren con los cuerpos —nuestro caso—
sin moverse un milímetro
de sus tumbas vacías
en tanto el cuerpo del Angel Azul
y el de todas las damas que aquí se pasean
como si fueran inocentes
entrará en su polvera más pequeña.

En este fragmento, el tiempo sin tiempo se encadena a la voz del poeta para formularse la pregunta de un enigma sin respuesta. La maestría del oficio lo hace emplear, técnicamente, los diversos recursos claves que son esenciales para la construcción de un poema de avanzada: clasicismo primitivo que evoca los mágicos cánticos ceremoniales; coloquio que es una crónica; quizás la fórmula más acertada para reflejar —reproducir— la decadencia de una época:

Antiguas sombras se deslizan
(y observan de reojo a las mujeres
que ofrecen sus servicios a la luz
de fogatas encendidas por ellas mismas
entre las tumbas de sus antepasados...

“Roma es el más grande peep-show del mundo” nos advierte el poeta antes de iniciar unas breves y densas estrofas finales en que se hace presente la antipoesía en su mejor esencia estructural y creativa, la que es usada como elemento técnico de encadenamiento:

La cúpula de San Pedro es un cohete
a punto de partir
con el antipapa calcinado al volante.

Terrible visión apocalíptica del futuro de Roma:

Una copa invertida
que se llenará de ceniza.

De una extraña belleza oscura —que conduce al absurdo poético— nos parece el verso final con que el poeta cierra el poema:

El sol se oxida en el espacio.

El poema titulado “Los templos de Agrigento”, dividido en tres breves cantos, nos lleva a otro panorama: a la Sicilia violenta y legendaria, pero a la vez cuna de grandes poetas italianos como Salvatore Quasimodo. La tierra árida, donde el olivo crece como por milagro sobre una tierra devorada por la sed y la oveja pasta entre las ruinas de los templos paganos. En este poema, quizás el mejor del libro, Schopf inicia el cántico con una voz que nos trae reminiscencias de los mejores momentos de la poesía fragmentaria de Pound en *The Pisan Cantos* o de Constantino Kavafis, que hizo alzarse de sus sepulcros olvidados a las oscuras figuras de personajes reales de la historia y también a personajes irreales que sólo existieron en su torturada fantasía de creador de mundos:

No es la falaz melodía
de los condenados a fuego lento
en las estatuas que rodean su jardín
—el jardín de Falaris, el amigo de Platón—
lo que aquí se oye.

Ni el recuerdo de Empédocles
que vino a poner orden
y más tarde se arrojó al Etna
para probar que era inmortal.

Dos momentos y una misma época. Dos cuadros que se unen a través de estrofas que nacen de una sed saciada —insaciada— en las más misteriosas fuentes de los sueños, en la primera parte del poema; y luego nuevamente el encuentro con el presente a través de la profanación de la historia:

Los templos —o sus restos falsamente eternos—
son el centro de un círculo
y la tierra y sus estaciones
y yo y los transeúntes: accidentes.

Una acertada estrofa coloquial cierra dramáticamente la segunda parte de este poema, cuando venciendo la distancia histórica se nos dice:

El aire transparente y en apariencia sin historia
disimula chirridos y denuncia deterioro
dejando ver fisuras de su fricción
como flecos de una cortina al viento
u hoyos negros que cruzan pájaros cegados por el sol
que hiere mi vista
acostumbrada a otras sensaciones.

En la parte final del poema hay una leve penetración en la zona oscura de esos momentos de la vida diaria que la magia de la creación transforma en símbolos trágicos de una época:

Y don Antonio Cavallero come y bebe y gesticula
en el bar de Atenea como si encarnara un pájaro
que no resucitará de sus cenizas: lo que vemos desborda
nuestro orden y desorden, parece decirnos:
adelántate
a toda despedida.

Hasta aquí este breve análisis o revisión de la nueva poesía de Federico Schopf: una voz que fortalece el debilitado numen de la poesía chilena contemporánea; una voz que, junto a las de Teillier, Rolando Cárdenas, Jaime Quezada y unas pocas más, nos hace contemplar con optimismo el futuro o la continuación digna de una gran tradición poética.

ENRIQUE VOLPE